
CUESTION DE DIMENSIONES

por: Mons. Carlos Manuel de Céspedes

Aquel hombre no salía de su sorpresa, navegaba de un sobresalto gratificante a otro por un País Desconocido en el que casi todo sucedía de manera diversa a la que él conocía en su País Propio en el que variados grupos humanos vivían, más o menos. En el País Desconocido -no lograba saber a ciencia cierta en donde estaba: itodo era tan distinto!- había algunas personas de mayor estatura que las demás, que no se encorvaban para emparejarse con el resto y mostraban las dimensiones extraordinarias de su organismo sin disimulo ni vergüenza; tampoco se vanagloriaban de ellas, pues no eran ostentosos ni prepotentes. Es más, estaban convencidos de que al actuar así, como ellos actuaban, brindaban un servicio al resto, precisamente el servicio primario que les estaba asignado por Quien ordenaba las reglas del juego en ese País Desconocido. Y los que integraban el resto, se alegraban de ello y contemplaban y admiraban las enormes dimensiones bien proporcionadas de las que carecía la mayoría de los hombres. Sabían estos hombres que integraban el resto del País Desconocido, que la mayor estatura de algunos enriquecía a todos los demás y que, de tanto contemplar y admirar con gozo, ellos también crecerían un poco y -¡quién sabe!- algunos también lograrían la estatura excepcional. Por nada del mundo se les habría ocurrido tumbar a los más grandes para reducirlos a sus proporciones chatas; ni siquiera murmurar sospechas acerca de ellos que los obligaran, al fin del susurro, a agacharse, a no mostrar sus dimensiones personales extraordinarias, para poder sobrevivir con una brizna de tranquilidad.

Un ruido alteró el viaje de Aquel Hombre por el País Desconocido y lo regresó al País Propio. Despertó. Cuando, ya bien despabilado, Aquel Hombre se percató de que el País Desconocido sólo existía en el Mundo de los Sueños y de la Fantasía, procedió rápidamente a realizar los cotidianos ejer-

cicios de reducción y encogimiento y se dispuso a comenzar de nuevo su vida ordinaria, aparentando tener las dimensiones pequeñas del resto de los hombres. Porque en el País Propio del Mundo Real, discurrir con dimensiones extraordinarias, aunque sean las objetivas, las que en realidad una persona posee por don innato o por adquisición, o un poco por ambas vías, es sumamente riesgoso y acarrea muchas complicaciones. Los grandes que se atreven a asomarse a la calle con esa estatura que la mayoría no tiene, son molidos a palos hasta que, achatándose, caen por tierra. Además, a su paso, son siempre objeto de comentarios en susurro -murmuración les llaman- que nacen de una fuente sin nombre, tan cercana a la Fuente de la Envidia que, en ocasiones, se confunde con ella. Lo que interesa primordialmente a ese resto mayoritario, es que nadie sobresalga de las dimensiones chatas, porque si bien en el País Desconocido del Mundo de los Sueños y de la Fantasía el resto opina -es su experiencia- que contemplando y admirando la estatura extraordinaria todos crecen un poco, en el País Propio del Mundo Real, por el contrario, los hombres del resto mayoritario se sienten como humillados ante los más grandes -parece que no toleran su propia pequeñez- y por éso obligan a rebajarse a los grandes. Consecuentemente, nadie crece; es más: la estatura media de los hombres del País Propio del Mundo Real está en continua disminución. Esos habitantes pequeños -la mayoría- al renunciar a la capacidad del pasmo generoso ante los genuinamente grandes, considerados entonces como seres paradigmáticos, se han condenado al empequeñecimiento progresivo, ya que el pasmo generoso ante lo grande es el único nutriente que ayuda a crecer.

La Habana, 21 de junio de 1992.